

La milenaria milpa de subsistencia: un agroecosistema en peligro de extinción

Jorge Pacheco Castro

La milpa campesina es un sistema productivo de temporal que desde tiempos inmemoriales representó el principal proveedor de maíz y otros alimentos para los pueblos originarios de América. Constituyó, por lo tanto, el fundamento de la evolución de las grandes civilizaciones americanas de tiempos prehispánicos. Aunque no hay datos precisos acerca del origen geográfico del maíz, por registros de Morley se sabe que los pobladores mesoamericanos ya lo cultivaban desde 2500 a. C. (Morley Sylvanus, 1985), y se puede inferir que desde entonces su producción devino un complejo productivo a través del cual estas sociedades adquirieron importantes conocimientos tecnológicos básicos para la domesticación de la planta, así como diversos conocimientos sobre el medio ambiente natural y su comportamiento.

Sin duda alguna, en el correr de las centurias el cultivo de la milpa se fue revistiendo de un significado mucho más amplio y profundo que el de simple fuente de alimentación o base de las economías y de la organización social de las sociedades productoras. Ante todo, se fue convirtiendo en un agroecosistema que además de ser “sinónimo de sobrevivencia biológica, de permanencia y reproducción para los habitantes del campo” (Warman, 1985) por cuanto permitió conseguir el sustento y conocer y domeñar la naturaleza, simbolizó también un complejo sociocultural que dio origen a un sistema de creencias, prácticas y símbolos cósmicos con el cual las sociedades configuraron su cosmovisión del mundo y de la vida, dotándola de contenido y valores significativos que preceptuaron su integración armónica y equitativa con el mundo natural (Pacheco Castro, 2000).



La milpa de subsistencia implica el policultivo. (Foto: B. Caamal)

Insuficiente es el espacio que tenemos para describir con profundidad las actividades que reviste el complejo productivo de la milpa y, sobre todo, para demostrar la lógica sistémica que ha representado durante siglos en el proceso de integración de los hombres del campo con la naturaleza. Muy poco podría agregarse a lo descrito en valiosos trabajos de reconocidos estudiosos como Pérez Toro (1977), Hernández-Xolocotzi (1981) y Morley (1985), quienes desde la década de los cuarenta del siglo XX se ocuparon de estudiar de manera exhaustiva la agricultura milpera de los campesinos mayas de Yucatán, así como de reivindicar la funcionalidad en los suelos pedregosos yucatecos de su técnica de tumba, roza, quema y abandono, y demostrar, con bases sustentadas en la realidad, la falsedad del carácter perjudicial que le han atribuido a este sistema de cultivo los facultativos nacionales y extranjeros inspirados en el espíritu de la máxima ganancia y aprovechamiento de la economía capitalista.

No obstante, al cabo de varios milenios de existencia y décadas de resistencia a los embates de la política económica modernizadora de los regímenes gubernamentales contemporáneos, en México hoy en día la continuidad del cultivo de la milpa se ve seriamente amenazada. Lo está, no tan sólo por los efectos adversos de los ajustes estructurales y las reformas constitucionales y agrarias que el gobierno mexicano aceptó impulsar en el país a través de la firma del Tratado de Libre Comercio en 1994, sino, en general, por los embates de la economía global, los procesos modernizadores y los nuevos estilos de vida y consumo que se han convertido en las quimeras paradigmáticas difundidas hoy hasta en los más escondidos rincones del planeta, suplantando incluso la importancia de la relativa autonomía alimentaria y el significado profundo y amplio de la riqueza del medio ambiente para la preservación de la diversidad cultural y de la sociedad mexicana en general.

En la región sureste de México, específicamente en Yucatán, la pobreza y las precarias condiciones de vida de los habitantes del campo se han visto recrudecidas. Las causas no sólo están relacionadas con la falta de políticas productivas capaces de sacar adelante a este sector de la economía regional, sino con las nuevas regulaciones asumidas por el gobierno estatal, tales como el control del periodo de quemas bajo el supuesto de impedir los incendios forestales en las épocas de sequía, justo cuando los campesinos deben emprender esta labor para el cultivo de la milpa.

Estas regulaciones, entonces, les impiden a los campesinos fomentar sus milpas en tiempo y forma, forzándolos a abandonar sus cultivos y demás actividades productivas para salir en busca de otras fuentes de ingreso. Así, para la segunda mitad de la década de los noventa, la mayoría de los 62 municipios que conformaban la zona preferente de producción de henequén se convirtieron en comunidades esencialmente expulsoras de mano de obra; hombres y mujeres e incluso familias enteras se vieron en la necesidad de salir en busca de trabajo.

Con todo, aun cuando cada vez son menos los campesinos que cultivan milpa, las quemas de los montes bajos no han disminuido y ocurren año con año por diversas razones ajenas al cultivo de la milpa. En primer término, ocurren predominantemente en los terrenos de los ex planteles de henequén en la región centro del estado debido al tipo de vegetación de hierbas y matorrales, ya que el gobierno no planificó ningún programa de reforestación después de liquidar la agroindustria henequenera en 1994. En segundo término, las obras de modernización y apertura de nuevas carreteras han dado lugar al surgimiento de una selva de asfalto que se ha ido ampliando a fin de crear condiciones atractivas para las industrias maquiladoras de capital extranjero, así como para cualquier inversionista interesado en adquirir los terrenos que ahora los campesinos ex ejidatarios están vendiendo, ante la imposibilidad de encontrarles otra utilidad y deslumbrados por los encantos de las ofertas que reciben, de tal suerte que la mayoría de los incendios reportados ocurren por diversas causas en los terrenos aledaños a las carreteras. Por el contrario, son escasos los reportes de incendios en los municipios de la región maicera en el oriente de la entidad, en donde sus habitantes se las han ingeniado para seguir cultivando la milpa de subsistencia, pese a que su población económicamente activa también se ha visto forzada a salir de sus comunidades en busca de empleo.

Quizá esté por demás enfatizar que la continuidad de los incendios revela por sí misma la relatividad de los impactos depredadores que se han atribuido a las milpas y, más específicamente, a la insustituible labor de la quema, con la que los campesinos han trabajado por cientos de años tomando siempre las precauciones de construir “guardarrayas” y vigilar que el fuego no se propague a los montes colindantes con la colaboración de parientes, amigos y vecinos.

Asimismo, tampoco la naturaleza itinerante de la milpa resulta ser depredadora del medio ambiente si se toma en cuenta que los cultivadores únicamente utilizan la superficie que satisfaga las necesidades de maíz de su familia y de los animales que crían en los solares de sus casas. De hecho, la práctica del abandono de los terrenos tras dos años de cultivo es una costumbre que prodiga a la tierra el reposo necesario para la recuperación de las cadenas bióticas y la calidad productiva del suelo. Así se puede inferir de la percepción de los campesinos cuando se les cuestiona por qué no continúan aprovechando el terreno que tanto trabajo les ha costado desmontar: «La tierra es como uno, trabaja pero también se cansa, y por ello se le debe dejar descansar».



La milenaria milpa campesina. (Foto: H. Estrada)

Evidentemente, el significado itinerante de la milpa es esencialmente distinto al concepto occidental de abandono y, sobre todo, a la lógica y objetivo de la agricultura comercial de exportación. Ésta requiere el uso intensivo y extensivo de los terrenos y la aplicación de agroquímicos -cuyos efectos son incalculablemente más agresivos al entorno natural-, con el propósito de obtener el máximo aprovechamiento y la máxima ganancia. Así lo han manifestado campesinos de Sacalum, Libre Unión, Sotuta, Ticul, Yaxcabá y Tekax, en protesta por los programas productivos diseñados para responder a la inversión extranjera y que están provocando “la destrucción de una amplia superficie del Cono Sur en donde [...] se está impulsando el cultivo masivo del maíz transgénico que requiere Estados Unidos para la producción de etanol”. Cultivo que al cabo de dos ciclos consecutivos -a diferencia de la milpa de subsistencia- ocasionará a la tierra la pérdida irreparable de sus nutrientes y, por lo tanto, una esterilidad que cierra la amenaza de desertización de esta región del estado.

Por el contrario, para los campesinos milperos los elementos de la naturaleza y su preservación son equiparables a la preservación de la humanidad. En su cosmovisión visualizan la interrelación entre ambos elementos del cosmos en una estrecha interdependencia que significa la permanencia del hombre y el entorno natural en el planeta. Por esta razón elemental han establecido desde siempre una relación de equidad y respeto hacia los recursos del medio ambiente que ha regulado el indispensable reposo de la tierra, el abandono para su recuperación.

Desde la perspectiva de esta cosmovisión, la lógica de la producción milpera aún descansa sobre la base de un sistema de valores que preceptúa el vínculo del hombre con la naturaleza, el cual, dicho con otras palabras, ha implicado el uso sin abuso del medio ambiente natural, así como una relación de reciprocidad e intercambio de bienes y dones entre ambos elementos del ecosistema. Así lo representan los diversos rituales, las primicias, por medio de las cuales los cultivadores agradecen a los montes, a la tierra y a los dioses guardianes del universo sus bondades para el trabajo y los alimentos que obtienen de la tierra.



Campesino yucateco. (Foto: B. Caamal)

52

Las ofrendas de alimentos y bebidas preparadas con el maíz cosechado que vierten a la tierra y los vientos de los cuatro puntos cardinales de la milpa entrañan este significado de reciprocidad y agradecimiento (Pacheco Castro, 2000).

Con todo, el abandono de la milpa ha sido más violento en la zona henequenera. Los cambios estructurales impulsados por el gobierno estatal a través de la liquidación de la agroindustria y de los ejidatarios se han conjugado con otras condiciones que les están impidiendo cultivarla a los hombres que permanecen en sus poblaciones, pese a que sus necesidades y la fuerza de la costumbre los apremien. Así, además de la emigración de la población económicamente activa hacia el mercado de trabajo urbano, se pueden mencionar otras circunstancias, por ejemplo, el crecimiento e invasión de la ciudad al medio rural provoca que los hombres que acostumbran fomentar sus milpas dejen de hacerlo, ya que difícilmente pueden quemar los montes bajos sin que el humo invada la ciudad y ocasione molestias a los vecinos de los nuevos fraccionamientos habitacionales; los cuales, por cierto, han proliferado por los cuatro puntos cardinales de la ciudad e incluso se han adentrado en las poblaciones rurales del municipio de Mérida, como las sub comisarías de Xcumpich, Dzodzil Norte, Santa Gertrudis Copó, Dzitya, Xcanatún y Dzibilchaltún.

A nivel local, resulta claro que la política económica neoliberal del gobierno mexicano para el campo está provocando el resurgimiento del acaparamiento de tierras en manos de gente pudiente, así como el incremento en el medio urbano de la masa de trabajadores subempleados o desempleados con baja calificación laboral y bajas percepciones, potencialmente libres para ser absorbidos por diversos sectores de la economía y, sobre todo, por empresas de capital extranjero como las maquiladoras, en las que tampoco obtienen un empleo seguro debido a la frecuencia con que éstas cierran y abandonan la entidad.

Ante estas condiciones de trabajo en el campo y las pocas perspectivas de encontrar un trabajo seguro y bien pagado en el medio urbano, la migración hacia Estados Unidos se vuelve para esta población una de las alternativas más viables de conseguir el empleo que les permita sostener a sus familias, pese a tener plena conciencia de los riesgos que implica cruzar la frontera en calidad de indocumentados.

La dinámica de los procesos de globalización en el campo, como bien señalan Appendini y otros (2003), ha sido esencialmente desarticuladora de los sistemas productivos y de la vida de los campesinos, al mismo tiempo que alentadora de su integración a las relaciones del comercio internacional bajo las nuevas reglas de competitividad.



En estas condiciones, las posibilidades de persistencia de la milpa aun a mediano plazo son escasas, si no es que prácticamente nulas, a pesar de que durante milenios de existencia ha demostrado ser un agroecosistema productivo y tecnológico de mucha menor depredación ambiental que la agricultura de exportación, y mucho más congruente con la propugnada sustentabilidad del ecosistema hombre-naturaleza.

Se puede afirmar entonces que, mucho más que la milpa, han sido perjudiciales y depredadores del medio ambiente natural los procesos de desarrollo de la agricultura comercial; la marginalidad y la coerción a las que son sometidas las sociedades campesinas para que abandonen su agricultura de subsistencia y se vean obligadas a emplear su fuerza de trabajo en el libre mercado; el consecuente recrudecimiento de la pobreza de estas sociedades; la modernización, desarrollo y crecimiento de las ciudades; así como las políticas de ajuste estructural y los cambios provocados por la globalización de los mercados, los cuales están volviendo cada vez más inviable la supervivencia de los pueblos llamados tradicionales y del medio ambiente natural.

La milpa tiene escasas posibilidades de persistencia. (Foto: M. Castilla)

Ante este panorama, sería pertinente repensar la significación que tendrá para las nuevas generaciones de mexicanos la desaparición de la agricultura milpera, que al cabo de más de tres milenios hoy ve amenazada su existencia, junto con la de sus perseverantes productores que se resisten a ser despojados del sentido de seguridad alimentaria que la milpa les brinda (Appendini y otros, 2003) y a depender exclusivamente de los productos alimenticios estandarizados que se venden en el mercado.

Dicho de otro modo, es indispensable que los tomadores de decisiones, públicos y privados, repiensen el peligro y la vulnerabilidad que significa para el pueblo mexicano la pérdida total de autosuficiencia alimentaria, la dependencia absoluta de la economía global y, sobre todo, la pérdida de un sistema de cultivo milenario que ha sido sustentable y, por ello, sinónimo de persistencia biológica, económica, social y cultural para los pueblos mesoamericanos, aun en el contexto de la actual expoliadora globalización económica.